

El momento decisivo para el sujeto del inconsciente

*José Enrique de los Santos**

*La profundidad hay que esconderla.
¿Dónde? En la superficie.
Hugo von Hofmannsthal*

Henri Cartier-Bresson, maestro de la fotografía que se autodefine como “anarquista surrealista con una estética propia”, habla del “momento decisivo” para tomar una buena fotografía, en el cual por un instante precioso se alinean el lente de la cámara, el ojo y el corazón del fotógrafo. Instante en el cual todo el cuerpo, del que la cámara forma parte, abraza de algún modo el paisaje objetivo que captura con el lente. El artista expresa en ese instante sus ideas, su estética, sus deseos, afectos, y toda su historia subjetiva, y la cámara junto con el cuerpo, dan una lección de amor y odio al mismo tiempo. Se convierten en una herramienta, un arma y un diván, en una afirmación y una interrogación, en un sí y un no al mismo tiempo.

No trabaja sólo con la superficie de las cosas, sino que perfora esa superficie organizando un relato que continuamente deja caer un resto no abarcable por la representación.

El analista, con su instrumental vivencial y teórico, hace algo similar en varios sentidos: es una suerte de fotógrafo de lo

* *Miembro Titular de APU. Germán Barbato 1358 / 301, Montevideo.
E-mail: onunez@chasque.apc.org*

inconsciente a lo largo de un sendero interpretativo, altamente comprometido con lo que va registrando. Su cuerpo erógeno, su inconsciente, su estructura subjetiva se convierten en el “otro diván” del paciente. El cuerpo del analista no desaparece en la sesión, sino que se hace presente (a veces hiperpresente) sobre todo como cuerpo erógeno, que pudiendo ser pensado autoanalíticamente, opera como “el otro diván” del paciente.

Al recoger sus “tomas” del inconsciente e interpretarlas, realiza algo de lo que para Nietzsche significa interpretar: junto con el analizando se apropia provisoriamente de un sistema de reglas que no tendrían en sí mismas significación esencial (las reglas de composición del sistema inconsciente, su proceso primario), le impone en alguna medida una dirección, un sentido, una significación; lo pliega a una relativa voluntad consciente, lo hace entrar en otro juego y lo articula momentáneamente a reglas segundas (el proceso secundario; las reglas de encuadre, técnicas y fundamentales de la praxis, y las teorías personales del analista).

Al menos... hasta la próxima resignificación, el siguiente movimiento subjetivo dentro del fantasma, la nueva configuración de la relación del sujeto con el falo, el goce y el deseo.

Hasta que por su potencia semiótica casi infinita y su capacidad de fuga, lo inconsciente escape en el espacio nomádico del deseo hacia nuevos momentos decisivos.

Al interpretar hace también una genealogía: deconstruye las múltiples identificaciones del sujeto, desanda sus metonimias, abre y despliega sus metáforas y descubre el fundamento psicoanalítico de su ser en el complejo sistema de los deseos entramados de los múltiples sujetos de su historia singular.

Por eso conviene que al interpretar sus “tomas” transferenciales del inconsciente sea “objetivo”, en el sentido también que Nietzsche da a esa palabra: manteniendo un saber perspectivista, permitiendo el mayor número posible de afectos y teorías que puedan decir su palabra sobre una cosa, porque cuanto mayor sea el número de ojos, de ojos distintos que sepamos emplear para ver una misma cosa, tanto más rico y profundo será nuestro “concepto” de ella, tanto más verdadera nuestra “objetividad”.

No temamos tanto la “babelización” de nuestra casa.

No temamos tanto la proliferación teórica ni la explosión de los discursos. Hay que temerle al pensamiento único, que como sujeto puro del conocimiento, elimina las fuerzas activas e interpretativas, que son, sin embargo, las que hacen que ver sea ver-algo.

Para Cartier-Bresson la fotografía logra fijar el instante, pero no cualquier instante sino ese “momento decisivo”, aquel que lleva en sí mismo la esencia de una situación. Un lapsus o un acto fallido, por ejemplo, constituyen ese instante para el analista. “La foto en sí misma no me interesa en absoluto, dice el artista, lo único que quiero es retener la realidad una fracción de segundo.”

El lapsus o el acto retienen lo real una fracción de segundo, para luego perderlo y liberarlo a la cadena significativa, que lo apresa de otro modo. El analista trabaja, como el artista, a partir de lo que Barthes en sus escritos sobre la fotografía llama un “punctum”, una imagen que horada el corazón mostrando lo que estaba allí, conformándose con denotar sin introducir ninguna de las connotaciones que inscriben las representaciones verbales y no verbales en un contexto de significaciones.

Escapando en ese instante “sin memoria y sin deseo”, de la presencia sofocante de las teorizaciones supernumerarias, excesivas, con las que cargamos y arruinamos nuestra percepción inicial de lo inconsciente.

Recuperando cierta inocencia del contacto inconsciente a inconsciente, casi anterior a la imaginarización y simbolización. Un momento icónico e indicial de contacto con lo real del inconsciente, en el que se va construyendo el significante psicoanalítico.

La imagen, lo icónico, llevan el contacto con lo real a su apogeo y provocan la vivencia, la tensión del instante y la señal de angustia. Un solo “vistazo” a esa imagen es suficiente para comprender algo de lo real del inconsciente: la castración, por ejemplo.

Como Cartier-Bresson, el analista tiene que encontrarse, si el compromiso libidinal con su paciente es intenso, en el lugar apropiado y en el momento apropiado para apretar el disparador en el instante en el cual en contacto puntual inconsciente a

inconsciente alcanza su punto culminante. Así puede arrancar al pasado una fracción de realidad y hacerle un guiño burlón al tiempo.

Para el artista como para el analista, la imagen icónica esta en condiciones de producir una imagen relativamente fiel de lo real, y es capaz de decir algo de la verdad del inconsciente. Porque ese “momento decisivo”, lo es únicamente en el contexto de una vivencia transferencial, de una situación vivida entre paciente y analista, y es comprendido en relación directa con esa situación, con esa realidad singular, con esa relación entre dos sujetos divididos.

Como un pescador, fotógrafo y analista necesitan acercarse paciente, cautelosa y libidinalmente a su “pieza” y estar disponibles para el gesto oportuno que la captura, como para dejarse capturar por ella. No somos tanto hermeneutas a la búsqueda de un sentido oculto, como sujetos que se dejan sorprender por el sentido. Pero tanto el artista como el analista capturan algo material: el significante que sostiene y vehiculiza el afecto, es un dato material, tanto como los signos icónicos, indiciales y simbólicos, no un a priori o un más allá metafísico o metapsicológico. Tienen tanta carne como un pescado.

A partir de un breve fragmento de material analítico, quisiera reflexionar sobre algunas hipótesis de trabajo y algunos conceptos o esbozos de conceptos que se deben seguir elaborando. No se trata de mostrar un proceso analítico, pero sí hacer algunas inferencias de cómo ciertas hipótesis podrían influir sobre nuestra praxis.

Por mi propia praxis, estoy cada vez más convencido de lo dicho por Freud en las “Conferencias de Introducción”: “en el tratamiento analítico no ocurre otra cosa que un intercambio de palabras entre el analizado y el médico... palabras son el medio universal con que los hombres se influyen unos a otros... démonos por satisfechos si podemos ser oyentes de las palabras que se intercambian entre el analista y su paciente”. (Freud, S. 1915, p. 14)

Como si fuera poco, en 1926, en “¿Pueden los legos ejercer el Psicoanálisis?”, lo reitera: “entre paciente y analista no ocurre otra cosa sino que conversan... no despreciemos la palabra, sin duda es un poderoso instrumento, el medio por el cual nos damos a conocer unos a otros nuestros sentimientos, el camino para cobrar influencia sobre el otro. Las palabras pueden resultar indeciblemente benéficas y resultar terriblemente lesivas”. (Freud, S. 1926, p. 175)

Son conclusiones que se desprenden de su descubrimiento de que el inconsciente sólo se expresa en nudos de lenguaje, por lo que él mismo se estructuraría como un lenguaje. Si hubiera dispuesto de nociones de la semiótica y de la lingüística pragmática, como los de signo y discurso, seguramente no habría hablado sólo de palabras, de lenguaje verbal, sino de otras formas de lenguaje, y discursividad. Las leyes de composición del inconsciente que Freud propone insistentemente, coinciden exactamente con las leyes básicas de composición del discurso, la metáfora y la metonimia especialmente, pero también otras posibilidades expresivas de la lengua.

Destaca hasta el cansancio un dato de la realidad, una evidencia clínica, algo verdadero, verosímil y verificable, que es el fundamento de una metapsicología clínica operativa ampliable con los aportes de la semiótica y la lingüística, y no una metafísica, como la mayoría de las metapsicologías, que hablan de un a priori o un más allá indemostrable erigido como condición de los hechos clínicos.

También la metapsicología lacaniana respira a veces un espeso aire metafísico, platónico, cuando habla de la Cosa, lo Real, el Otro Absoluto, etc. Aunque Lacan, promoviendo el retorno y retornando a Freud cada vez, recupera la esencia de su descubrimiento al decir que volver a traer a la palabra y al lenguaje (verbal y no verbal, agregó) como a su fundamento, es algo que interesa su técnica (y su base epistémica, agregó). Pienso que ganaríamos mucho en “objetividad”, verosimilitud y libertad para pensar si empleáramos las teorías metapsicológicas como hipótesis de trabajo heurísticas, como miradas singulares de un mismo objeto

(aunque sea inescrutable, como plantea Quine), con reglas de correspondencia lábiles y flexibles en relación a la clínica; útiles para formular una nueva pregunta, responder creativamente a un problema de la práctica, dialogar con otras hipótesis sin caer en la lucha con ellas por la apropiación de un campo clínico-institucional. Rápidamente sustituibles por otras en ese juego incesante y productivo que la abducción ofrece a las ciencias paraconsistentes como el psicoanálisis.

Incluso en las ciencias duras, consistentes, como la física, el Instituto de las Ciencias de Princeton nos dice que la vida media útil de cada teoría física, en la década del 90, no sobrepasa los ocho meses: debe ser sustituida por otra, parcial o totalmente. Sería entonces pretensioso e inútil procurar que las teorías sobrevivan incólumes durante mucho tiempo, en una ciencia abductiva como el psicoanálisis, con una “lógica de caucho” como dice Lacan, es decir, que opera con una lógica paraconsistente de negaciones débiles, de afirmación de lo múltiple y diferente, sospechosa del trabajo dialéctico de lo negativo, irreductible al modelo hipotético-deductivo y a la formalización lógico-matemática. Recordemos que en el modo propio de “articulación lógica” del inconsciente faltan dos elementos centrales de la lógica común, consciente: el vínculo de causalidad y la negación. También que la desmentida es una operación típica de la lógica paraconsistente, de negaciones débiles: lo negado en un nivel, es afirmado en otro.

Los analistas necesitamos una caja de herramientas llena de hipótesis de trabajo, y no teorías ontologizadas sobre el inconsciente, el psiquismo, la estructuración subjetiva, etc.

Unas hipótesis flexibles, móviles y ágiles, cercanas a la clínica cotidiana, en lugar de la pesada maquinaria metapsicológica, o peor aun, neurocientífica. No me opongo, como se verá en este trabajo, al diálogo con otras disciplinas, pero como se concluyó en nuestro Congreso sobre el cuerpo, prefiero responder a las preguntas del psicoanálisis apoyándome en aquellos saberes más cercanos a él, a su campo específico, a su clínica. No responder a las interrogantes del psicoanálisis con las respuestas de la

lingüística o la semiótica, sino construir con esas respuestas algunas hipótesis que puedan funcionar en el campo de subjetivación específico de nuestra tarea.

Sin pretender acuerdos ni coincidencias interdisciplinarios (e imaginarios), sino dialogando en lo posible con otros saberes próximos, sin descartar que las hipótesis del psicoanálisis puedan responder a preguntas de esos saberes. Que ellos sean recursos auxiliares para nosotros, como nosotros para ellos.

Como decía Nietzsche: un ejército móvil de metáforas para enfrentar y eventualmente conquistar algo de la diversidad y lo incognoscible; que privilegie la afirmación de la diferencia y la multiplicidad, no el trabajo de lo negativo de la dialéctica, que busca suprimir lo diferente con la antítesis y la negación.

Una ciencia debe ser portátil, decía Paul Valéry. (Los poetas tienen derecho a opinar sobre nuestra ciencia, entre otras cosas porque logran tener mejor contacto con lo inconsciente que los científicos y epistemólogos; no en vano los científicos actuales son llamados “poetas vigorosos”, que redescubren metafóricamente la naturaleza más que inteligir su verdad intrínseca.)

Una ciencia como la querían Flaubert y Barthes: escéptica, metódica, prudente y humana, que rechaza los dogmáticos y los metafísicos; escéptica en el sentido de evitar creencias y certezas, conservando una curiosidad permanente (por no hablar de sospecha) frente a los hechos. Que tome como objeto lo único, lo irreplicable y lo singular. Una ciencia para cada sujeto (una *mathesis singularis* y no ya *universalis*), cuyo orden de determinaciones esté dado fundamentalmente por el sentido y su resignificación. Solo un estructuralista duro, un empirista o un conductista, suprimen el sentido de su contexto explicativo. Y hablar de sentido es hablar de lenguaje, de discurso. Porque la cuestión central para el analista no es ciencia positiva versus psicoanálisis, sino oscuridad versus claridad frente a los problemas de la práctica. Para el analista se trata más de circunscribir un desconocimiento que de afirmar un conocimiento; de retomar para el sujeto dividido cierto dominio sobre sus experiencias, vivencias y deseos, y reconocerse dividido en ellas. De abrir los ojos, como dice Lacan,

ante la evidencia de que nada es más disparatado que la realidad humana.

Una paciente joven, profesional, por su estructura existencial neurótica, por pertenecer a una comunidad minoritaria en nuestro país y por sus dificultades en la expresión oral y escrita, padece intensos sentimientos de minusvalía, pasividad, mediocridad y desvalorización, que la hacen valorarse como estúpida que nada vale y nada puede, especialmente en el campo intelectual y profesional.

Otra fuente de estos sentimientos es un padre que deseaba un hijo varón cuando ella fue concebida, y una madre muy dedicada a una hija menor, mientras criticaba y sigue criticando a mi paciente en casi todo lo importante para ella: como estudiante, profesional, hija y madre. Poco tiempo después de iniciado su análisis, al comienzo de una sesión, mira hacia atrás donde estoy sentado y me pregunta con cierta ironía si tomo notas o no.

No le respondo, pienso que bajo la apariencia manifiesta de un control paranoide, quiere saber si lo que me dice me importa o no, si tiene o no valor, y le digo algo al respecto en forma de interpretación.

Dos o tres sesiones después retoma el tema de las críticas maternas, y me dice que recién ahora se da cuenta que siempre la criticó pero ella lo tomaba como algo natural.

Luego se refiere a la relación conmigo.

P – Usted va a decir ¡qué aburrida! Mi hermana se queja todo el tiempo, como mi madre.

A – También usted se queja todo el tiempo de su mediocridad

P – Si, por eso lo voy a aburrir... y usted me va a sacudir (sonríe).

A – Habría algo para sacudir: esa especie de identificación con su madre; acepta las críticas de ella como algo natural.

P – Si, las hago más... (silencio prolongado) leí un artículo (criticando la minoría racial a la que pertenece)... usted lo debe haber leído... de ese escritor... Saramano... Saramanco...

A – Saramago (me apresuro a informarle).

P – Sí, ése... quise contestarle, pero no pude escribir nada... me

puse nerviosa... me dio mucha rabia conmigo misma, tendría que contestar que es mentira, ser más activa... como en la profesión, si contesto no va a pasar nada.

A – Puede temer que se le escape la rabia y el odio que le provocó el artículo.

P – Eso, la agresividad contenida por la pasividad... sí, es verdad eso, que salga el odio... yo era marimacho, peleadora en la escuela... después me asusté de mí.

A – Teme aparecer como un hombre, con un odio descontrolado.

P – Sí, mi padre quería un hijo varón siempre... yo tenía celos de los hombres que lo rodeaban, competía con ellos... ser pasiva me protege del odio.

A – Que apareció con Saramago... es hombre, escribe bien, tiene éxito... por eso le cortó el brazo...

P – Sí... (sonríe) para que no escriba más.

A – Y no sea más hombre... así puso en él algo que siente en usted.

El lapsus de mi paciente, precedido del olvido de un nombre propio, como formación del inconsciente es la creación de un nuevo objeto, de un nuevo sujeto o de dos nuevos sujetos inéditos: “Saramano” y “Saramanco”.

Son objetos subjetivos producidos por el inconsciente con su Lalengua, su Lingüistería, su lingüística propia. Objetos que no pertenecen a su yo, sino a su inconsciente, que funciona en este caso como máquina deseante y productora de significantes. Digo objetos subjetivos no en el sentido winnicottiano, sino por referirme a objetos psíquicos que funcionan como sujetos discursivos, efectos del juego significante, que hablan y de quienes se habla.

Ese o esos objetos subjetivos producidos por el inconsciente no pertenecen al yo, pero son efecto en el yo del significante inconsciente. Ese nuevo sujeto es un efecto entre dos significantes (“Saramago” y “Saramano”; “Saramago” y “Saramanco”); no está en la cadena significante, pero es lo que un significante representa para otro, es decir, sólo está representado por esa relación significante.

Es un efecto que no es del yo ni está en el yo, producido por el sujeto del inconsciente: el que habla lingüisteramente.

Lingüistería es, para Lacan, la hipótesis lingüística para el psicoanálisis, y Lalengua, el lenguaje que habla el inconsciente. Lingüistería y no lingüística, Lalengua y no la lengua, porque “Saramano” y “Saramanco” no están en el código de la lengua y la lingüística, están en el mensaje de la Lingüistería. Pero siguen teniendo una estructura de lenguaje que hace posible la operación de su lectura y su interpretación, y permiten inferir que el inconsciente se estructura y funciona como en nudos de lenguaje verbal y no verbal.

Digo interpretación y no traducción, porque la interpretación psicoanalítica no es reducible al paso del sentido de un idioma a otro, sino que es referida a las categorías del psicoanálisis: edipo y castración, narcisismo, transferencia, sujeto dividido, etc.

“Saramano” y “Saramanco” son los nuevos sujetos u objetos subjetivos que provocan mi angustia y precipitan mi corrección de su lapsus-corte, en un instante donde se agolpan en mi pensamiento dos recuerdos: alguna vez imaginé que recibía el Nobel de Literatura... cuando me preguntó si tomaba notas o no, ¿me suponía manco?, ¿me deseaba manco? (aunque esto último es más obra de la resignificación a posteriori).

Junto con “Saramanco”, yo como sujeto inconsciente, quedé apresado en las operaciones de la Lingüistería y en el mensaje de Lalengua, y por el polo del yo sentí la angustia de castración que me precipitó a reponerle el brazo a Saramago.

Pensé que sus padres deseaban algo superior a ella, que no era ella, un falo que los completara y acabara con esa nostalgia por una unidad perfecta perdida. Deseaban un “Saramagnífico”, situado por encima de discriminaciones sexuales, raciales, económicas, intelectuales. Ese “Saramagnífico” podría ser parte de la combinatoria significativa que en el inconsciente de esos padres, representara, significara, al hijo majestuoso que los resarce de profundas pérdidas anteriores.

Un Premio Nobel también puede significar ese falo imaginario... que se pude perder.

Entiendo el lapsus de mi paciente como una combinatoria significativa que vehiculiza una demanda, en la cual viaja un deseo: responder al artículo del escritor para demostrar su falsedad y que yo comparta su alegato; castrar imaginariamente al Nobel para que se sienta como ella se ha sentido, y para superarlo. Algo presente en la transferencia, cuyo efecto inmediato en mí es el apresuramiento ortopédico.

Mi corrección muestra, además del efecto de la transferencia en mí, el malentendido propio de la situación analítica y que es uno de los motores de la cura: respondo a su demanda, la escucho, la interpreto pero rehúso la demanda al no satisfacer su pedido y develar el deseo. No le doy lo que me pide, ni me pide lo que le doy: ese malentendido básico en la técnica psicoanalítica, relanza el deseo (que es el resto entre demanda formulada y demanda rehusada) y hace ver el fracaso de lo intersubjetivo, la ruptura de la idea de simetría o alianza, el establecimiento de una disimetría radical en la situación analítica.

El deseo de uno no es el deseo del otro (le doy algo distinto a lo que me pide), el valor del objeto subjetivo es diferente para cada uno, la demanda de uno no es la del otro.

El lapsus, luego de interpretado y resignificado, produce una operación simbólica sobre lo imaginario: lo imaginario es el falo siempre erecto, hiperpotente; lo simbólico es esa posibilidad de corte del falo, de pérdida, de ausencia sobre un fondo de presencia. En el lapsus, el falo imaginario se ha perdido: lo pierde Saramago, porque antes lo perdió ella para poder tenerlo a través de sus hijos, por ejemplo. Es la condición de la castración, por la que el falo es promovido de nuevo al estado de significativo, como algo que el orden simbólico puede dar o retirar, conferir o no conferir bajo formas simbólicas.

La interpretación de su deseo es otra operación simbólica, que corta la erección fascinadora y omnipotente de su gesto, y se convierte en eco de una Ley universal: tanto ella y sus padres, como Saramago y yo, estamos inscriptos en esa Ley que legisla sobre el deseo.

El “Saramano-Saramanco” es un significativo psicoanalítico

que sortea la represión, revela algo del inconsciente y parece tener una estructura abordable desde una perspectiva que transversalice nociones del psicoanálisis, la lingüística y la semiótica. Porque el pensamiento psicoanalítico puede disponer de otros saberes y procedimientos, pero haciéndolos dialogar en un espacio conceptual único y específico. De ese modo, logra testimoniar con su propio saber que son, como dice Badiou, “composibles”, es decir, se pueden pensar conjuntamente, sin confundirlos, y hacen posible un nuevo pensar, con nuevas posibilidades. Considero que el pensamiento psicoanalítico puede y debe ser amplio, abierto, hipercomplejo; unificador, no único. Que no necesita suturarse con ningún otro, sino abrirse al espacio entero de las verdades que lo condicionan y nutren, en unificación dialógica con otros saberes, sin perder especificidad.

Parafraseando a Lacan, diría: el psicoanálisis puede ser la ciencia del lenguaje y la semiótica habitados por el sujeto dividido, es decir, fundada en el reconocimiento de las dimensiones consciente e inconsciente de toda discursividad, verbal y no verbal.

Luego de esta reiterada justificación epistemológica, trataré de decir algo sobre como pienso el significante psicoanalítico, teniendo siempre presente que pensar un concepto significa remontarse hasta el momento en que fue creado o inventado.

(El concepto de significante psicoanalítico, viene siendo trabajado en nuestra institución por la Dra. Myrta Casas de Pereda y por el grupo de Estudio de la obra de Lacan.)

El lapsus de la paciente, como formación del inconsciente, requirió para su conformación y emergencia de varios factores:

- 1) un juego de lenguaje, un juego con neologismos comprensible sólo en el contexto local de un proceso analítico,
- 2) una estructura relacional constituida al menos por tres sujetos: ella, Saramago y yo,
- 3) el levantamiento de la represión,
- 4) el placer sádico y omnipotente, fálico, de castrar un escritor famoso (y a un analista que desea ser famoso...), cortándole el brazo,
- 5) revelación de una verdad parcial, basada en la realidad efectiva

de los deseos inconscientes y de las fantasías o fantasmas con ellos relacionados, que no excluye bases reales objetivas, hechos, huellas de eventos y trazas, recuperable por la transferencia, y que anuda de un modo singular, ad hoc, los registros imaginario, simbólico y real,

- 6) creación de un nuevo objeto subjetivo: “saramano-saramanco”,
- 7) un analista advertido sobre su propio deseo, que lograra captar y dejarse captar por ese “momento decisivo”.

El “saramano-saramanco” sería un significante psicoanalítico pensable como una estructura o un montaje de tres lados: un lado o polo icónico en contacto fugaz con lo real del inconsciente y la barradura de la represión primaria, que trae la imagen terrible de la castración; un lado indicial que señala a ese objeto subjetivo “manco”; un polo simbólico por el cual el significante entra en la cadena y adquiere valor al relacionarse con otros significantes.

Sin ser análogo al referente ni motivado directamente por él, el signo icónico puede representar algo de ese referente sobre todo por semejanza, lo que tampoco significa que tiene sus mismas propiedades.

El “Saramanco” es semejante a la imagen o figura que en el inconsciente podría representar la castración.

Lo real no se percibe directamente, se percibiría la huella de su presencia-ausencia, como se ve en el mar la estela del barco que pasó.

De lo real nos queda ese predicado.

Freud insiste en las posibilidades que la lengua del sueño (es decir, la del inconsciente) ofrece para la presentabilidad del texto del sueño (texto, escritura del inconsciente). Pienso que el inconsciente usa en su semiosis todas las posibilidades expresivas de la retórica, especialmente la metáfora, la metonimia y la figurabilidad en imágenes (cuadros e imágenes plásticas fulmíneas, como los “iconologemas” de Humberto Eco, donde lo corporal y gestual es la clave de la presentación icónica e indicial en toda su poeticidad metáforo-metonímica, ya que la imagen también se presta a la metáfora y la metonimia).

Tanto en “La instancia de la letra” como en “Las formaciones del inconsciente”, Lacan plantea que el significante puede ser una imagen, e incluso, que la imagen puede ser el origen del significante.

El “saramanco” sería un iconologema de la retórica lingüística inconsciente, en contacto fugaz con lo real, que inicia el montaje del significante psicoanalítico, cuyos momentos posteriores son el indicial (establece una conexión dinámica y denotativa con el objeto subjetivo en la memoria del sujeto) y el simbólico (establece articulación con la cadena significativa y el registro simbólico).

Hablo de momentos más lógicos que histórico-genéticos, aunque no desecho totalmente este punto de vista, puesto que el símbolo y el significante se construyen en el tiempo, no instantáneamente, y cada momento de su construcción está determinado en parte por el anterior y determina en parte al siguiente, aun dentro de una estructura relacional más o menos estable, más o menos dinámica.

Asocio lo anterior al Alfabeto de Louis Braille: (comunicación personal de la Dra. Luz Porras) el “punto de relieve” en el pulpejo del dedo del no vidente, como una imagen icónica libidinal enclavada en el cuerpo, preverbal, cargada de afecto y que afecta al sujeto percipiente, inicia la construcción del significante psicoanalítico y de una cadena significativa, tanto soporte material del afecto como vehículo alienante del deseo.

Dos palabras sobre el afecto. No hay desde Freud afecto inconsciente. El afecto incumbe al sujeto de la conciencia, y para él es signo (algo que representa algo para alguien) y símbolo (está en el lugar de una experiencia vivencial anterior).

También es sustancia que atestigua el anclaje pulsional en el cuerpo, amarrada al significante y consecuencia del deseo. Siempre a la deriva, lo que está reprimido de él, son esos significantes que lo amarran. Y como dice Lacan: descarga el pensamiento más que el cuerpo.

En un contacto inicial, lo real es golpeado por la barra de la represión primaria que lo transforma en símbolo, pero ese contacto inicial sería icónico-indicial, preverbal, precursor de lo simbólico

y del montaje del significante psicoanalítico, que abre la posibilidad a lo verbal.

Una imagen puede decir más que mil palabras... pero a condición de que se enmarque en un fondo previo de palabras y se articule a palabras que prediquen sobre ella. La elocuencia y expresividad de una imagen valen y son posibles en la medida que el sujeto esté ya inmerso en el orden simbólico, única posibilidad de poder imaginar y pensar.

La “cultura de la imagen” empobrece la subjetividad porque, entre otras cosas, intenta desplazar a la palabra con la imagen, y con una intromisión sensorial directa, provocar reacciones acríicas y arreflexivas.

El armado logrado del significante psicoanalítico sería la culminación del proceso de simbolización, de construcción del símbolo, paso previo imprescindible para su utilización por el sujeto. Porque los objetos deben ser marcados por el significante, significantizados fálicamente, marcados como signos por el significante, para entrar en la cadena con el valor con el que circulan.

Como las monedas circulan con un valor referido al patrón-oro, los objetos circulan con el valor-respaldo del significante fálico, del deseo y de la cadena significativa.

Resumen

El momento decisivo en el sujeto del inconsciente.

José Enrique de los Santos

Apoyándose en un fragmento de material de análisis, el trabajo procura continuar la reflexión sobre el concepto de significante psicoanalítico, transversalizando nociones del psicoanálisis, la semiótica y la lingüística. Intenta además, pensar el modo en que determinadas hipótesis auxiliares pueden contribuir a nuestra escucha analítica y a la eficacia de nuestra praxis. Plantea, paralelamente, algunas cuestiones sobre la relación entre psicoanálisis y epistemología.

Summary

The crucial moment for the subject of the unconscious.

José Enrique de los Santos

Based on a fragment of analysis material, the work seeks to continue the reflection on the concept of psychoanalytical signifier, combining ideas from psychoanalysis, semiotics and linguistics.

It also tries to consider the way in which specific auxiliary hypotheses may contribute to our analytical hearing and to the efficiency of our praxis. It states, in parallel, some conclusions about the relation between psychoanalysis and epistemology.

Bibliografía

CALVINO, I.- *“Seis propuestas para el próximo milenio”*. Siruela, 2001

CASAS DE PEREDA, M.- *“En el camino de la Simbolización”*. Paidós, 1999

DELEUZE, G.- *“Nietzsche y la filosofía”*. Anagrama, 1986

DE LOS SANTOS, J. E.- *“Alegato por una cierta científicidad en un momento de crisis”*. R.U.P. 1997; 86

FREUD, S.- (1915) *“Conferencias de Introducción al psicoanálisis”*. O.C. T. XV. Amorrortu, Bs. Aires, 1978

(1926) *“¿Pueden los legos ejercer el análisis?”* O.C. T XX. Amorrortu, Bs. Aires, 1979

LACAN, J. (1959-1960). *Seminario VII. “La ética del psicoanálisis”*. Paidós, 1988.